

trabajo... » Toda transgresión de esta ley la castigan las dos educadoras de Simona y de Pedro.

.. Interrumpo aquí, querida Francisca, mi carta ya un poco larga. En la próxima comentaré para ti la elegancia más importante después de la física é intelectual : la elegancia de la sensibilidad.

## CARTA DÉCIMASÉPTIMA

Sensibilidad-gusto. — Sensibilidad-pasión. — Ejemplos de sensibilidad falta de elegancia. — Cultivo de la sensibilidad-gusto en el niño. — Canto, dibujo, modelado. — La sensibilidad-pasión. — Curso de moral escolar; su inutilidad. — El acento religioso. — La creencia de los padres. — Un encuentro en la calle de Cortambert.

**T**ODAS las palabras que expresan ideas esenciales, querida sobrina, son difíciles sino imposibles de definir: no sólo las palabras geométricas como « tiempo », « espacio », « número », pero también los términos generales de la lengua usual, como « belleza », « espíritu », « sensibilidad ». ¿Qué es la sensibilidad? Ninguna definición es satisfactoria, y, sin embargo, todos entienden la palabra. Démosla por comprendida : la cuestión está hoy en buscar cómo es posible dar á la sensibilidad del niño lo que nosotros hemos convenido en llamar elegancia, acento.

Pero, ante todo, separemos bien dos matices de la palabra sensibilidad. Existe una sensibilidad-gusto y una sensibilidad-pasión. Ser sensible á la música ó á la poesía no implica serlo á las miserias de otro, al patriotismo, á los atractivos de la virtud. Una sonata de Beethoven ó el regreso de un sér querido emocionan en nuestra alma regiones vecinas, quizás, pero no la misma exactamente. La educación de la sensibilidad deberá, pues, considerar y cultivar separadamente la sensibilidad-pasión y la sensibilidad-gusto.

Así, pues, querida sobrina, haz el experimento siguiente : escucha las gentes populares, las gentes llamadas « sin educación » expresar lo que sienten, bien después de haber oído un discurso, bien al salir del teatro, bien al visitar una exposición



artística. No las encontrarás desprovistas de sensibilidad; antes por el contrario, la ofrecen más despierta que muchos burgueses. Pero esta sensibilidad se excita inoportunamente. Gusta de lo insulso, del lloriqueo y también de la expresión defectuosa y excesiva. Estas gentes poseen ricas sensibilidades, pero ineducadas y mal dirigidas. ¡Lamentable defecto que no sólo encontramos en el pueblo! Tú habrás observado seguramente un desarreglo igual, cuando menos, en lo que hemos convenido en llamar « el gran mundo ». Habrás visto palomas con encajes y palomos de frac, apasionarse por el arte delicuescente, por la poesía decadente, ininteligible, por mobiliarios extravagantes. Inelegancia peor que la otra. Aquélla es ingenuamente conmovedora. Ésta, que se cree distinguida, es odiosa.

Sin embargo, y aunque á su manera, estas palomas y palomos, lo mismo que los elementos populares, no están desprovistos de sensibilidad. Lo feo, lo que tiene necesidad de ser corregido, es *la manera*.

Hay otra experiencia todavía. Recorre algunos periódicos de opiniones avanzadas y contrarias, más especialmente los periódicos de provincia. Oscuros periodistas locales atacan la cuestión religiosa con una franca negativa, con argumentos que Homais no hubiera empleado y — lo que es peor — injuriando á los que practican los cultos tradicionales del país... Seamos justos : en la hoja adversa, un periodista no menos obscuro ni más letrado tratará de idiota, de vendido y de impostor al que no practique, no la misma religión que él, sino también la misma forma política y social de religión.

Pues bien; estas son gentes que poseen una sensibilidad, pero la ejercen, faltos de cultura, sin elegancia.

Yo quiero que Pedrito y Simona tengan una sensibilidad elegante que, á veces, supere los límites ordinarios, que sean susceptibles de entusiasmo por las cosas bellas y las grandes causas, pero que, sin embargo, no les haga perder su serenidad más que en casos excepcionales. Y en este punto voy más lejos que el filósofo de Ginebra, para quien la palabra sensibilidad lo era todo. Quiero la sensibilidad; pero á condición de que se la discipline.

\* \* \*

¿Cómo disciplinar en el niño la sensibilidad del gusto? Llamando á su cuna las Musas, como hubieran dicho en el siglo XVII.

¡No bromeemos! Los primeros objetos vistos por nuestra Francisca II han marcado profundas imágenes en su joven inteligencia; también hemos procurado, siguiendo la encantadora costumbre inglesa, que la *nursery* fuera clara y brillante, tapizada alegremente, con muebles llamativos y grabados en colores representando escenas infantiles, concebidos y firmados por buenos maestros... Paralelamente, desde que tomé á mi cargo la educación de Pedro y Simona, no he dejado pasar un día sin esforzarme en desenvolver su sensibilidad-gusto, sin acechar los signos espontáneos de esta sensibilidad, á fin de aprovecharlos para su cultura... No hay paseo, lo mismo por los campos que por la ciudad, del que no pueda sacarse provecho. Un mal educador detendrá al niño y le dirá : « Esta encina es hermosa por su fuerte estructura y forma suntuosa de sus hojas... » ó : « El periptero del Louvre admira por su orden sobrio y majestuoso... » Después de lo cual, el discípulo no estará más ni menos formado en cuanto á su sensibilidad-gusto; será un papagayo más erudito. El educador avisado procederá de manera muy diferente. Obligará al niño á comparar dos árboles, dos casas; por este medio excitará el interés del niño, siempre curioso de clasificar y comparar. Cuando el niño haya expresado su preferencia, el maestro se esforzará, mediante un detenido interrogatorio, en obligarle á explicar las razones de esta preferencia. Más pronto de lo que puede esperarse, el niño se acostumbrará así á comparar espontáneamente dos edificios, dos árboles, dos paisajes. Cuando diga sinceramente : « Prefiero ésto á aqué- llo », su sensibilidad-gusto se habrá despertado. Comparar es el primer paso para comprender.

¿Reconoces, querida sobrina, nuestro constante método educativo, el niño « centro » de todo estudio que se le imponga? Á medida que crece se aplicará el método más estrictamente.



Desde el momento en que supieron servirse de su voz y de sus dedos Pedro y Simona, les enseñamos solfeo, modelado, dibujo, colorido... De todas estas artes esenciales, la más esencial, sin duda, es la del canto. Ruskin ha dicho que deberíamos sentirnos tan avergonzados de no saber cantar como de no saber escribir. Y, en verdad, creo que el canto es el principio más útil y al mismo tiempo más seductor de la primera educación. Para los pequeñuelos es un auxiliar de la memoria; para los más grandes, una iniciación de la poesía, cantada en todo momento por los primitivos. Y más adelante, es uno de los medios más poderosos de federación social, de agrupaciones sociales. El coro de voces simboliza la unión de los corazones.

Después de esta enseñanza esencial viene el dibujo: su inferioridad al canto es considerable. El uno es arte individual: no se dibuja á coro; además hay menos niños capaces de desenvolverse en el dibujo que en el canto. Pero el dibujo fija la atención en los objetos y deja al maestro un documento de esta atención, muy revelador de las facultades del niño. En un principio no debe emplearse más que con este fin: el niño no se dará menos cuenta del esfuerzo que cuesta imitar un objeto con el lápiz en la mano. Cuando posea alguna práctica podrá comprender los dibujos bien hechos que se le deben enseñar y, entonces, se pueden ejercitar, en estos dibujos, sus facultades de comparación... La misma ley para el colorido y modelado. Si el niño no ha dibujado modelado, ni aprendido el colorido, será inútil enseñarle en los museos las obras maestras del arte: sería una enseñanza « en el aire », la más vaga de las enseñanzas... En tanto que estas tentativas, por imperfectas, ingenuas ó cómicas que sean, ofrecen resultados visibles, colocan el arte universal al alcance de su humilde esfuerzo y establecen una comunicación entre el arte y él.

Si ahora me preguntas qué doctrina artista debemos enseñar á los niños á medida que su gusto se desenvuelva, te contestaré que el asunto no tiene gran importancia. Es raro que á los doce años, un niño, aunque esté admirablemente dotado, prefiera el arte de una escuela al de otra. El caso



... Creo que el canto es el principio más útil de la primera educación...  
(Pág. 180).



se ofrece, sin embargo, en los músicos sobre todo (lee en la curiosa monografía de *Juan-Christophe*, de Román Rolland, el primer volumen titulado *El Alba*). Por lo tanto, dejémonos de escuelas; que siga el niño los impulsos de su genio naciente, pero discutamos con él, á fin de que tenga más y más conciencia de sus ideas. En el caso general del niño que sólo posee facultades medianas, hay que enseñarle á amar el arte en sus manifestaciones numerosas, reservando para más tarde el estudio de los pintores, de los músicos, de los grandes escritores... Pero, sobre todo, excluid á los artistas malos y mediocres; que no conozca el niño nada de ellos, que no mire con gusto ni siquiera un cromó; que no cante una tontería de café concierto; que no lea libros idiotas ó mal escritos. Que todo lo que oiga, cante ó lea sea bueno y contribuya á su formación integral.

¿Es éste un programa difícil de aplicar?

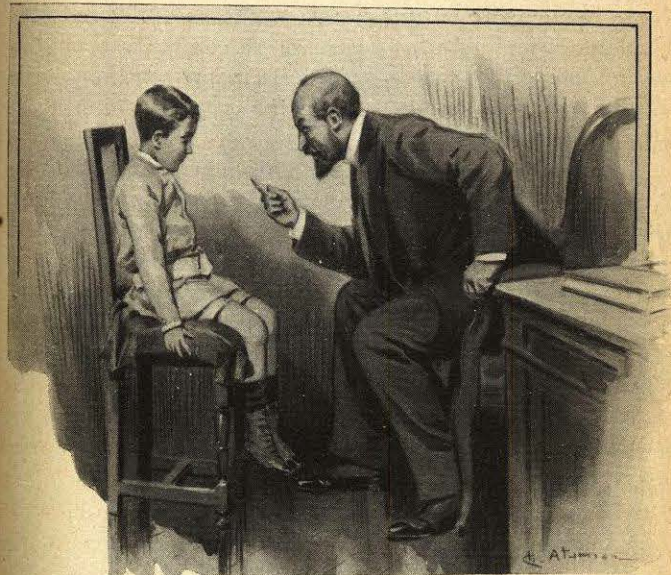
\* \* \*

La cultura física comenzada desde que empieza á alborar la vida rima la sensibilidad exterior del niño, la que emocionan los sonidos, las formas ó los colores... ¿Cómo rimar la otra sensibilidad más profunda que resuena en lo íntimo del alma, que se emociona del bien y del mal moral, de las emociones, de lo que carece de forma, de color, de sonoridad, y que, sin embargo, importa más al equilibrio humano que al mismo arte? ¿Cómo rimar la sensibilidad-pasión? ¿Cómo darle acento?

Con los fríos cuadernos de moral cívica que circulan por las escuelas, seguramente que no. Aprender la virtud como se aprende la aritmética, no sólo es una idea ridícula, sino también propia de un educador que no ha reflexionado. Es inútil, en efecto, que el niño conozca perfectamente las leyes de la moral si no las *ama*. Las reglas del cálculo si que pueden saberse sin amarlas.

La enseñanza de la moral resultará, pues, vana, estéril, un poco ridícula, en tanto que no la informe el carácter ardiente, arrollador, entusiasta, de una religión. Darle este ca-

rácter, es incumbencia de los maestros de moral escolar. No lo han hecho hasta ahora y nosotros no podemos esperar el fin de sus experimentos. Ha llegado la hora de comenzar la cultura moral de Pedro y Simona: y la única cultura que, precisamente, sirve para la educación del niño es la cultura de carácter religioso.



... El doctor espantó la mosca y el neófito soltó la carcajada... (Pág. 184).

Pero ¿qué cultura religiosa? ¡ Hay tantas maneras de entender esta palabra desde Fenelón hasta Tolstoy!

Yo me acordaré mientras viva de haber sorprendido un día al Dr. Bertrand-Tasqué dando la primera lección de religión á su hijo Enrique, entonces de seis años y medio de edad.

El doctor estaba sentado en una butaca y, en frente de él, en un taburete « la mecha científica. »

« Los hombres, decía el doctor, no están de acuerdo sobre el origen del mundo, ni sobre su propio origen, ni sobre



los últimos destinos del mundo. Compréndeme bien, hijo mío; ni tu madre ni yo queremos influir en ti; respetamos tu joven conciencia; pero nuestro deber es darte á conocer las grandes soluciones contrarias para que escojas entre ellas... »

Sin embargo, la « mecha científica » miraba, sin moverse, con sus grandes ojos azulados. Tenía — ¡mentira parece! — un aire atento. Yo me sorprendí de esta persistente atención hasta el momento en que me di cuenta de que se entretenía siguiendo, en el cráneo luciente de su padre, las evoluciones de una mosca. El doctor espantó la mosca con la mano y el neófito soltó en seguida la carcajada. Esto indignó al honrado ideólogo...

Es absurdo, querida sobrina, proponer á niños de siete á doce años los grandes problemas de la metafísica y de la fe diciéndoles : resuelve como quieras. Esto es igual que si les presentáramos pesos de cincuenta kilos diciéndoles : levanta los que quieras. Pero también sería deplorable dejar abandonada la religión de su alma, en la cual la herencia atávica ha depositado el germen metafísico y religioso. Peligrará atrofiar este germen (y entonces se habrán hecho seres incompletos) ó librar al niño á la primera influencia, al primer propagandista dominado por el afán de proselitismo que el azar coloque en su camino.

« ENSEÑEMOS Á LOS NIÑOS LAS CREENCIAS DE SUS PADRES. MÁS ADELANTE YA LAS REHAZARÁN SI QUIEREN. »

¿Quién ha dicho esto? Julio Lemaître (*Juan Jaco-ro Rousseau*, p. 242). Y esta afirmación me parece, en suma, la sabiduría misma.

Arrancar el sentimiento religioso del corazón de los niños : desafío al educador á que lo haga, y en la región que ha dejado inculca brotará la superstición ó el fanatismo. Y lo que es peor : la cultura que nos hemos negado á darle se la proporcionará lo imprevisible, el azar, quizás en contra de nuestras ideas mismas. ¡ Porque un punto de honor absurdo nos impide ejercer una influencia sobre el alma del niño, entregamos esta alma á cualquier influencia ! ¡ Guardémonos muy bien ! Va-



... Silvia había obligado á Enrique á arrodillarse y le hacía repetir su plegaria... (Pág. 187).



mos contra nuestros principios, contra nuestro objeto... Si á veces nos domina, como al doctor Bertrand-Tasqué la quimera de la « libertad de conciencia », no olvidemos que entre los hábitos adquiridos no es difícil que la vida libre, en el niño, modifique más rápidamente y de una manera más fuerte que los hábitos religiosos. Hecho experimentado que todos pueden comprobar.

Enseñaremos, pues, á los niños, como dice Julio Lemaître, los creencias de sus padres, y desde una edad muy temprana. (En la práctica, ésta es la buena costumbre francesa.) Se ha criticado la decisión pontifical fijando á los siete años la primera comunión de los neófitos franceses. Confieso que esta decisión me parece inspirada por la sabiduría misma. Los grandes ritos tradicionales debe practicarlos el niño cuando todavía es una prolongación pasiva del pensamiento, de las creencias paternas. Y, por lo tanto, á medida que la sensibilidad, la voluntad del niño se desarrollen, no se desarrollará en el vacío, como en el *Emilio* de Rousseau; una ley moral respetable por su antigüedad, su carácter religioso, sus resultados y el hecho de *ser la ley moral de los padres*, le suministra, además, el ritmo y el marco.

El doctor Bertrand-Tasqué, al que exponía estas ideas después del fracaso de su famosa lección filosófica, me replicó :

— Admito en rigor la enseñanza autoritaria de lo que usted llama « creencias de los padres », en tanto que el niño no hace ninguna objeción. Pero llegará un día en que la haga. Su objeción vendrá de su interior, ó bien la repetirá por haberla oído. ¿Cuál será entonces su actitud?

— Tratará de distinguir si la objeción es una simple tontería infantil, una broma de discípulo á maestro que no interesa seriamente á la razón. En este caso la omitiré en absoluto, autoritariamente, haciendo ver que comprende la tontería ó la broma. Si noto, por el contrario, que la objeción es producto de un trastorno interior, de una sincera ansiedad, entonces, querido doctor, será ocasión de dar mi primera verdadera lección de moral teórica y de crítica religiosa : mi discípulo me habrá dado pruebas de que la desea y que está en condiciones de sacar provecho de ella.

— ¿Y qué doctrina le enseñará usted?

— ¡La mía, pardiez! ¿Cree que voy á engañar al niño que formo?... La mía, según mi conciencia; enseñaré exactamente lo que yo creo...

Debo confesar que no he convertido al doctor, el cual persiste escrupulosamente en dejar á su retoño melancólico que escoja entre la hipótesis de la creación y de la eternidad de la materia. La angustia no intranquiliza al muchacho, que desde que llevan al colegio, empieza á mostrarse menos hosco... Pero sin ir muy lejos, ¿sabes lo que vi anteayer? La encantadora Silvia traía á su hermanito de la escuela, siguiendo la calle de Cortambert. Yo iba detrás de ellos : en vez de darles alcance moderé el paso y me entretuve en observarles. Hablaban animadamente; Silvia es la única persona que ha domesticado al niño. Entraron en cierta capilla que tú conoces indudablemente, católica, no obstante su aire anglicano. Les seguí.

Y hé aquí lo que ví : Silvia había obligado á Enrique á arrodillarse y le hacía repetir su plegaria.



## CARTA DÉCIMA OCTAVA

Un alumno del quinto curso, de Condorcet. — Almuerzo entre hombres. — Algunas ideas de un colegial moderno de doce años. — Los negocios. — Sondeos de la erudición del joven Noel. — Mi ideal de cultura. — Las lenguas antiguas. — No enseñemos otros idiomas, antes de los doce años, más que la lengua propia y el latín.

Tú estabas presente, querida Francisca, cuando la semana última, tu cuñada Lucía, en casa de la cual cenamos, me dijo :

— Puesto que las cosas de enseñanza, que á mi me molestan, le entusiasman á usted, voy á ponerle en otro aprieto.

Y llevándome á parte, cosa que á ti te intrigó, me confió los cuidados que le inspira su hijo Noel, de doce años de edad, y alumno del quinto curso en el colegio Condorcet. Noel es alegre, de un egoísmo amable y no desprovisto de ingenio; posee modales de joven elegante; nunca es el último de su clase, sin haber podido conseguir jamás ponerse en los primeros lugares de la primera mitad. Además, no estudia mucho y los éxitos del colegio le dejan indiferente. Ante todo le gustan los deportes *football*, automóvil, aeroplanos. Lee diariamente *L'Auto*, único periódico autorizado entre los colegiales. Su madre sospecha que juega en las carreras.

— Yo no le pido — me confió su madre — que sea un genio ni que se agote ante los libros... Pero quisiera que mostrara interés por otros asuntos que no fueran los que trata *L'Auto*. Ha llegado á la edad en que, según los programas, tiene que elegir entre la enseñanza clásica y la moderna. ¡ Imposible obligarle á que se decida ! Griego, latín, matemáticas, le interesan tanto como á mí el chino. ¿Qué hacer, amigo mío, qué hacer?

— No lo sé. Y sobre todo no comprendo qué es lo que yo puedo hacer.

— Quisiera que usted le interrogase... una vez nada más, no se asuste. En veinte minutos puede conocer usted toda su ciencia. Y como usted le impone más que su padre y que yo, quizás se decida á revelarles sus aptitudes.

No pude sustraerme, querida sobrina, á recordar el examen del joven de Espinay, cómicamente referido por M<sup>ma</sup> de Espinay, el examen durante el cual Juan Jacobo, con algunas sencillas preguntas desorientó, en presencia del padre, de la madre y de la hermana, al pequeño discípulo auxiliado por su profesor. No pudiendo compararme al ilustre examinador, me repugnaba una repetición de aquella prueba memorable. Rogué, pues, á Lucía que me enviara á su hijo Noel á almorzar un jueves conmigo; pero sin amenaza de que iba á sufrir el menor examen.

Ordinariamente me entiendo muy bien con Noel, precisamente porque jamás le hablo de estudios. ¿Para qué? Está sometido en el colegio á un sistema de enseñanza que conceptúo, si no malo, tan débil é ineficaz cuando menos, que todas mis reflexiones no cambiarían en nada el resultado. Además, á los doce años, hay ya mucho de irreparable en la educación de un niño. Partiendo de aquí me guardo muy bien de enseñar nada á tu sobrino; soy yo, por el contrario, quien procura que él se informe de muchas cosas.

El almuerzo con este colegial bien puesto, de elegante corbata, cabellos, dientes y manos cuidados, comenzó amistosamente. Hasta se hizo alegre cuando Noel, que en un principio desconfiaba, se convenció de que no iba á torturarlo. Entonces se expansionó, descargó todo lo que le pasaba por el cerebro, juzgó á sus padres, á sus maestros, los programas, con una soltura encantadora. No me disimuló su convicción de que todos los estudios que le imponen no tienen aplicación en la vida práctica. La vida consiste en ganar dinero, sin aburrirse... Por ejemplo, hacer negocios. Pronunció la palabra negocio con cierto respeto; la comprende muy bien, pues tiene como compañeros al hijo de un agente de cambio y al de un director de la alta banca, ambos de más edad que él.



Resuelto á no separarse de ellos cuando abandonen el colegio, piensa que le sirvan para penetrar en el mundo donde se gana el dinero. Y tuve el presentimiento de que en esta vía no malgastaría el tiempo, á condición siempre de no aburrirse.

No cometí la tontería de oponer á estos grandes propósitos las bellezas de Teócrito ó de Horacio, ni las austeras maravillas de la geometría... Premeditadamente hice recaer la conversación sobre la literatura. Noel conocía de nombre y de cara todas las actrices y actores de París, los de café-concierto incluidos. Su erudición en este punto me confundió. Los autores dramáticos y novelistas de éxito le eran menos familiares. Por otra parte, sin haberle interrogado expresamente, comprobé que los nombres de Hesiodo, Canción de Rolando, Circo de Gavarnie, Milton, el Franco Condado, Juan Jacobo Rousseau, Cervantes, Velázquez, General Chanzy, pronunciados por mí en el curso de la conversación, no encerraban ningún sentido preciso para mi joven invitado. Como yo le conocí en el tiempo en que, muy niño todavía, no hablaba más que inglés con su *miss*, continué bruscamente la conversación en este idioma. No intentó ni siquiera responderme, y declaró lealmente que lo había olvidado todo en el colegio, donde ahora le enseñaban alemán. Tampoco sabía nada de alemán, pero era porque se lo enseñan mal.

— Además, los idiomas se aprenden en el país en que se hablan ¿no le parece? Seis meses en una casa de banca de Londres y seis en otra de Berlín y hablaré inglés y alemán como un intérprete de Cook.

Me guardé de contradecirle, máxime cuando en este punto yo pienso, con poca diferencia, lo mismo que él; sólo que seis meses me parece un tiempo de aprendizaje muy corto. Creo también que para aprender el inglés y el alemán, pasar temporadas en buenas pensiones, hacia los catorce ó quince años, en Alemania é Inglaterra, es preferible á las oficinas de comercio.

Terminamos el almuerzo y tomábamos el café cuando vi á mi huésped mirar atentamente un grabado del siglo XVIII,

colgado en una de las paredes de mi despacho; representa este grabado unas mujeres disponiéndose á esquilas ovejas. Una leyenda escrita al pie, dice :

*Sicut tondet, ne nos quoque Femina tondet.  
Nobis tondet opes, vellera tondet ovi.*

— ¿Qué piensas de esa máxima? — le pregunté.

— La verdad, tío; no comprendo... nada, nada en absoluto.

— Sin embargo, ahí hay palabras que comprendes.

— Sí. *Tondet* debe significar « esquilas ». Y *Femina*... eso es... es... un periódico.

Te aseguro, Francisca, que no exagero. Hace dos años que Noel comenzó á estudiar el latín y ya ves lo que sabe.

\* \*

Pues bien, encantadora sobrina, yo no quiero que Pedrito sea, á los doce años, una segunda edición de su primo Noel. Y me molestaría también, habiendo contribuido á la educación de Simona, que fuese ésta, á los doce años, el ejemplar femenino de su hermano.

— ¿Por qué? — dirán algunos. Noel da la sensación de ser un muchacho inteligente, decidido, seguro del porvenir. No está cargado de un bagaje clásico superfluo; pide á las artes que le entretengan sin fatigarle. Es un joven prudente que promete.

Tal vez. Pero cada cual (ya lo he explicado no hace mucho) tiene su ideal de educación. El mio no consiste en formar gozadores, partidarios del esfuerzo mínimo, cuidadosos de obtener el máximo de placeres á flor de piel... Mi ideal es formar seres humanos que sean, no solamente elementos sociales útiles, sino también reflejos momentáneos de la belleza universal, de la belleza de las cosas, de la belleza moral y de espíritu. Importa que sus facultades de sentir y comprender hayan sido desarrolladas para contener y fijar tales imágenes. Yo tiendo á que Pedro y Simona reciban una amplia y profunda cultura, convencido de que así les aseguro los medios



de ensanchar y enriquecer su vida. Por esta razón les enseñaré las lenguas antiguas, tanto á Simona como á Pedro, persuadido de que una infancia bien dirigida contiene todo el tiempo necesario para este aprendizaje.

— ¿Simona también?

— También. Lee de nuevo, querida Francisca, las cartas que te escribí durante tu último año de estudios en el Instituto Berquim. No he cambiado de opinión de entonces á acá.

— Pero las lenguas clásicas exigen mucho tiempo, toda la adolescencia de los niños está embarazada... Por saber leer á Horacio en el texto y á Jenofonte ayudándose de una traducción latina (cultura clásica muy rara hoy en día) ¿quiere que ignoren las lenguas extranjeras y las matemáticas? ¿Cómo saldrán de los exámenes? ¿Cómo se prepararán en las escuelas especiales? Etc. etc.

Respuesta :

La manera más detestable de instruir á un niño es instruirlo con vistas á un examen. Cuando la cultura general del discípulo es buena, el examen se prepara en tres meses. ¿Qué crees tú que contienen esos famosos « programas » con los cuales se amedrenta á los padres y se embrutece á los niños? ¿Alquimia? ¿Astrología judiciaria? ¡Nada de eso! Contienen Historia, Geografía, castellano, latín, griego, francés inglés, matemáticas, como todos los programas.

No hace mucho te decía :

— No enseñar al discípulo sino lo que puede y debe razonablemente retener. Tú no has olvidado tampoco la doctrina de los « precisos ». Á ella te remito (1).

Es casi diametralmente opuesta á la de los colegios contemporáneos, donde lo impreciso y donde se ha sustituido — en historia, por ejemplo — la enseñanza de las realidades por la de las « consideraciones »... Pero un punto que entonces no traté en detalle es el de las lenguas antiguas y particularmente, la del latín. Voy á decirte cómo quisiera yo que se enseñara el latín.

(1) Véanse las primeras *Cartas á Francisca*.

Los más ingeniosos métodos para el aprendizaje de las lenguas convergerán siempre en éste : enseñar el vocabulario, enseñar la gramática. Max Nordau, uno de los más sorprendentes políglotas que he conocido, me decía un día : « Un alemán debe aprender como los niños españoles : *yo iré — yo voy — nosotros iremos*, sin saber ni el mismo verbo y sin haber visto jamás escritas estas palabras. Sólo mediante esto tendrá una pronunciación pasable y se grabarán en él todas las particularidades de la lengua... »

Cuando se trata de una lengua que ya no se habla, la cuestión de la buena ó mala pronunciación no tiene, claro está, mucha importancia : cada pueblo moderno pronuncia las lenguas muertas con su acento nacional. Pero la virtud misteriosa de la enseñanza de viva voz, por la palabra pronunciada y oída, por la palabra encuadrada en una frase que significa alguna cosa real, *alguna cosa que interesa al oyente*, no queda por esto suprimida. ¿Reconoces, aplicado al estudio de los idiomas, el principio fundamental de no enseñar nada en « el aire », nada que no esté relacionado y disciplinado? Si yo abro delante de un niño de diez años una gramática latina, un léxico de Cornelio Nepote, ¿qué más extraño, más frío, más repelente? Si, por el contrario, le hablo en latín para decirle, primero, cosas muy sencillas, después un poco más complicadas, si le conduzco á comprenderme y contestarme antes de abrir ningún libro ¿no comprendes que el niño se sentirá « unido » á la lengua latina que quiero enseñarle, que ha participado, que ha hecho suya, que no se le presenta como una especie de fantasma sin relación con las realidades?

No tengo, por lo demás, necesidad de que me adviertan que un discípulo que sepa comprender, escribir y hablar el latín como el niño educado por una institutriz inglesa comprende, habla y escribe el inglés, sabrá insuficientemente el latín, puesto que hace falta, so pena de resultar inútil, saberlo analítica, científica y literariamente.

Pero yo afirmo que no hay preparación más rápida y profunda para el estudio analítico, científico y literario del latín (como de cualquier otra lengua) como principiar por



comprenderla y hablarla corrientemente, y los comerciantes de la enseñanza consagrada podrán gritar porque se atacan sus viejos métodos : este método de enseñanza aplicado al latín ó al griego es de resultados prodigiosos. La cosa es bien sencilla : se ganan años.

#### PRINCIPIOS

I. Si se pretende dar una cultura completa á un discípulo, la primera lengua que se le debe enseñar desde el momento en que la suya le es familiar, es el latín.

II. Hay que enseñar el latín á los niños lo mismo que se les enseña una lengua viva.

III. No hay ninguna razón — empleando los mismos métodos para cada una de las dos lenguas — para que un niño de doce años no entienda y hable el latín usual como su compañero entiende y habla el alemán usual, que es más difícil para un niño francés ó español.

Entonces podrá útilmente hacer el estudio analítico, científico y literario del latín.

No creas, Francisca, que estas ideas sean quiméricas é irrealizables en la práctica. Así fué como se aprendió el latín en Francia (y en todas partes), en aquellas épocas en que conocían bien el latín las gentes cultas. El cambio de método en la enseñanza del latín no es más que un caso — entre otros — de esa pereza educadora que te he citado repetidas veces. Pocos profesores están en disposición de hablar latín con sus discípulos. Pues no hay sino que excluirlos. ¿Crearás que Bossuet y Fenelón no supieran *hablar* latín? Sin referirnos á los Fenelones ni á los Bossuets, puedo asegurarte que los modestos religiosos con los que estudié humanidades, hablaban latín y esta era la única lengua de que nos servíamos en clase de filosofía. Así pudieron hacer de nosotros latinistas bastante aceptables.

Cuanto aquí digo del latín, puede aplicarse íntegramente al griego. Pero no es absolutamente indispensable á un

discípulo culto «saber» el griego, que no es, como el latín, la base de nuestro idioma. Yo sería partidario de enseñar los elementos esenciales del griego bastante tarde, después de los doce años, por ejemplo.

— ¿Y las lenguas vivas?

— Todavía voy á molestar á los pedagogos. Hasta que tengan doce años no enseñaré á Simona y Pedrito *ninguna lengua viva*, excepto la suya y, como lengua extranjera, el latín usual, el latín de conversación. Esto basta, puedes creerte, como formación lingüística. Observa que el latín contiene las formas de construcción y gramática de casi todas las lenguas. Y por esto lo juzgo esencial, primordial y, hasta los doce años, suficiente.

Mi próxima carta, querida Francisca, que será la última de esta serie, tratará de darte el croquis ideal de un niño de doce años, cuerpo, inteligencia y corazón, educado según nuestros principios.